EL TEATRO EN CASA

COLECCIÓN DE COMEDIAS
Y CUADROS DRAMÁTICOS

POR

S. RUIZ Y PÉREZ

LA JUVENTUD DE UNA SANTA

EPISODIO HISTÓRICO

(CON LICENCIA ECLESIÁSTICA)

LIBRERÍA ASIOL
Marqués de Santa Ana, 18
MADRID

DE VENTA
LIBRERIA RELIGIOSA
PONTEJOS, 3
MADRID

0.7

LA JUVENTUD DE UNA SANTA

Esta obra es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11 dup.º—Teléf. 551

LA JUVENTUD DE UNA SANTA

EPISODIO HISTÓRICO

(CON LICENCIA ECLESIÁSTICA)

DE VENTA
LIBRERIA RELIGIOSA
PONTEJOS, 3
MADRID

LA JUVENTUD DE UNA SANTA

Personajes:

ISABEL DE HUNGRÍA.
LA DUQUESA SOFÍA, princesa viuda de Turingia.
LA PRINCESA INÉS, su hija.
GUTA, dama de Isabel.
YOLANDA, su doncella.
GERTRUDIS, mendiga.
HILDA, ídem
OTRA MENDIGA.
DAMAS Y POBRES (que no intervienen en el diálogo y pueden ser suprimidos si no se dispone de bastantes personajes).

La acción se desarrolla en el castillo real de Walbourg, cerca de Eisenach.—Año 1218

Para esta obra se ha tenido presente la Historia de Santa Isabel de Hungría, por el Conde de Montalembert

La escena representa un patio del castillo. A la izquierda, dos puertas. Una es la de la capilla. Otra es la entrada del castillo. En el fondo, la que se supone comunica con las habitaciones de la duquesa. A la izquierda, las de Isabel é Inés

724386

ESCENA PRIMERA

GUTA, UNA MENDIGA

Guta Hoy no puede mi señora darte nada.

Mend. ¡Válgame Dios! Mal lo voy á pasar esta noche. Tendré que acostarme sin haber comido.

Guta ¿Y qué le vamos á hacer? Mi señora se ha quedado sin blanca. Todo cuanto tiene lo reparte entre vosotros.

Mend. Ya lo sé. Desde que la princesa era muy pequeñita, me ha socorrido siempre. Dios se lo pague.

Guta Antes, cuando vivía el noble Landgrave, el duque Hermann, la princesa tenía más dinero, porque el duque la quería entrañablemente, pero cuando murió su padre adoptivo, teniendo ella nueve años...

Mend. Proseguid, señora.

Guta No. Más vale callar.

Mend. ¿Acaso la duquesa viuda no quiere á la prometida de su hijo?

Guta No hablemos de eso.

Mend. Bien, bien, señora Guta. No seré yo la que trate de haceros faltar á la discreción. Pero como no todas son tan discretas como vos... No falta quien murmura por la Turingia acerca de la poca simpatía que la duquesa manifiesta á su futura nuera.

Guta ¡Silencio! Ella viene. (Por Isabel, que entra.)

Mend. ¡Ah, señora! ¡Cuánto me alegro de veros! Ya me ha dicho la señora Guta que hoy no me podíais socorrer, pero por lo menos no me quedaré sin el consuelo de haberos visto.

Isab. Tendrás las dos cosas, hermana mía. Mira, (Mestrando una vasija.) he podido recoger esto para ti en la cocina. Toma, toma. (Dándole lo que se supone ser comida.) Aquí tienes también pan.

Mend. Dios os lo pague, señora. A no ser por vos, me moriría de hambre...

Guta Vete, vete; la duquesa se acerca.

ESCENA II

DICHAS y la DUQUESA SOFÍA

Sofía ¿Con quién hablabas, Isabel?

Guta Conmigo.

Sofía No te pregunto á ti. Al llegar he oído una voz que no es la tuya, Guta.

Isab. Cierto, madre mía. Hablaba también con una pobre...

Sofía ¡Siempre los pobres! No sé qué gusto tienes en hablar con esas gentes... A propósito, tengo que reprenderte. Ha llegado á mis oídos que más de una vez se te ha visto... merodear por las cocinas y despensas del castillo, en busca de los desperdicios que luego repartes entre tus amados pobres. Esto desagrada á los cocineros y reposteros, y á mí me avergüenza que la prometida de mi hijo, destinada á compartir con él la soberanía de la Turingia, se entregue á semejantes... entretenimientos.

Isab. ¡Entretenimientos! Decís bien. No hay cosa que más me entretenga, mejor dicho, que me recree tanto, como el conversar con los pobres, después de haberlos socorrido.

Sofía ¡Eres ridícula! No parece sino que te has criado entre ellos, y que todos son de tu familia.

Isab. Mi familia son en cierto modo. Hijos, como yo, del Padre celestial, y por tanto, hermanos míos.

Sofía ¡Hermanos tuyos! Y llamas también hermano tuyo al que va á ser tu esposo, al noble Luis de Turingia. ¡Qué mezcla! Todos iguales para ti, según eso.

Isab. Todos iguales, no. Es decir, iguales en haber

sido criados por Dios, y redimidos con su sangre preciosa. Pero dentro de mi corazón, nadie se igualará nunca con el que hasta hoy llamé mi hermano.

Sofía Me parece que puedes seguir dándole ese nombre toda tu vida.

Isab. ¿Qué quereis decir?

Sofía Nada. Que es imposible que mi hijo no comprenda lo absurdo de tu manera de ser. Ya se convencerá, si es que no está ya convencido, de que no sirves para princesa, y que será mejor devolverte á tu padre antes de sentarte en un trono que no mereces. Pero eso ya se verá andando el tiempo. (Sale.)

ESCENA III

ISABEL y GUTA

Isab. ¿Has oído, Guta?

Guta No os aflijais, señora mía.

Isab. ¿Qué he de hacer sino afligirme?

Guta Ya sabeis que el joven duque Luis no piensa como su madre. A él no le estorba vuestra piedad, ni le desagrada el que seais caritativa.

Isab. ¡Ah, no! Luis es bueno, muy bueno, y no es que su madre sea mala, no por cierto...

Guta ¡Bien, bien! Capaz sois de buscarle alguna disculpa...

Isab. Y la tiene, Guta, la tiene. La duquesa Sofía quisiera que yo, que estoy destinada á ser la soberana de Turingia, fuese una princesa de las que dan á su corte brillo y prestigio. Ella quisiera que yo amase el fausto y las galas, que lo reconozco, son como el acompañamiento obligado del cetro y la corona. Pero yo, sin poder evitarlo, prefiero la modestia á todos los adornos del mundo; la pobreza al fausto y la ostentación, y me agrada la conversación con los humildes y desgracia-

dos más que el trato con los personajes de la corte. Y esto, Guta, ya comprendo yo que es natural que la exaspere...

Guta Sí. Ella querría que fuéseis como su hija la princesa Inés: toda vanidad y presunción...

Isab. Es muy hermosa...

Guta Más lo sois vos. (Interrumpiendo.)

Isab. (Sin reparar en lo que ha dicho Guta.) Y además, nieta del célebre Otón de Vittelsbach, duque de Baviera.

Guta Y vos sois hija de Andrés II, rey de Hungría. Conque no le sois inferior en nada absolutamente. Solo que ella, como no piensa más que en juegos y en adornos y en bailes...

Isab. Pues por eso, Guta, por eso mismo. Como á mí no me gustan los bailes, ni las frivolidades de esa clase de pasatiempos, es natural que la madre y la hija se exasperen, mirando lo que ellas llaman exageraciones mías, como un reproche viviente á sus gustos; gustos que yo no tengo derecho á censurar, aunque los míos vayan por otro lado. Lo que me aflige es no poder complacerlas, y la contrariedad que sin querer les proporciono á cada paso.

Guta ¿Y por qué no tratais de modificaros un poco?

Isab. No puedo. Me sería imposible. Esta inclinacion nació conmigo. ¿Te acuerdas tú de cuando me trajeron á este castillo desde el palacio de mis padres en Presburgo?

Guta Sí, me acuerdo. Tenía yo entonces cinco años: uno más que vos. El Landgrave, tratándoos ya desde entonces como á futura esposa de su hijo, el duque, puso á vuestro servicio siete niñas escogidas entre las familias más nobles. Una de ellas fuí yo...

Isab. Y entre todas, mi predilecta. Pues acuérdate también de cómo entonces, ya había Dios puesto en mi corazón este sentimiento, este impulso que me lleva á buscarle fuera del ruido del mundo.

Guta Sí: recuerdo cuando echábais á correr, como para que os alcanzásemos y tomábais la dirección de la capilla. Si estaba la puerta cerrada, os conformábais con besarla.

Isab. (Sonriendo.) Queriendo enviar á Jesús un beso á través de la cerradura. ¿Y cuándo jugábamos á echarnos en el suelo?

Guta Vos decíais: ¿á ver cual es más larga? Y estábais un poco en tal postura, con la frente apoyada en tierra.

Isab. Momentos que aprovechaba para humillarme y pronunciar alguna oración. ¡Cuánta niñería! ¿verdad?

Guta Niñerías que eran la edificación de todas nosotras.

Isab. Que te probarán, cuando menos, que Dios me ha hecho así, y que no puedo ser otra de la que soy. Pero repito que me aflige disgustar á mi madre adoptiva, y más todavía el pensar que todo esto pueda desagradar, como ella dice, al duque Luis.

Guta En cuanto á eso, estad tranquila. El duque os estima en todo lo que valeis.

Isab. Y más todavía. Constantemente recibo de él finezas que me lo demuestran. Cuando está presente, mil atenciones delicadas me compensan de lo que otras personas pueden hacerme sufrir, y cuando tiene que ausentarse, siempre trae á su vuelta algún regalito con que darme á entender que no me apartó de su memoria. Suya es esta sortija, (Mostrando lo que dice.) y también esta cadena que llevo, y este rosario, y tantas cosas que tengo guardadas. Hoy espero también algún recuerdo. No dejará de traerme alguno sabiendo cuánta alegría me proporciona.

Guta Pues ya no debe tardar mucho. El escudero enviado por delante, para anunciar su llegada, está ya descansando de la fatiga de su carrera.

Isab. Sí, sí. Vamos á reunirnos con las princesas que están disponiéndose para recibirle.

Guta Y vos, señora, ¿no vais á cambiar de vestido? ¿No os pondreis siquiera una diadema?

Isab. Me pondré una de rosas. ¿No son ellas mejor adorno que los diamantes? Y para cambiar de vestido no tengo tiempo. Con un velo que me ponga sobre este que llevo...

Guta No sé si la duquesa Sofía y su hija serán de la misma opinión.

ESCENA IV

HILDA, GERTRUDIS y YOLANDA

Hilda (Mirando á todos lados.) No está. (Anda apoyándose en una muleta.)

Gert. ¡Ay, Dios mío! ¿Si estará enferma?

Hilda Enferma ó no, algo extraordinario le sucede; esta es la hora acostumbrada y la princesa Isabel no falta nunca.

Hilda Nunca ¡Y yo tengo un afán porque me cure! En cuanto ella me lava la herida que tengo en el pie, descanso como si sus manos tuvieran algo milagroso. Y cuando se va acercando la hora, vuelve á apretar el dolor, como si la estuviera llamando.

(Otros pobres van llegando poco á poco.)

Gert. ¡Y yo que esperaba hoy un vestido! Tengo el mío tan roto y destrozado que se me cae á pedazos. No puedo quitarme el manto, que ella me dió también, y me encuentro atada para todo lo que tengo que hacer.

Hilda Ya estamos reunidos aquí unos cuantos. ¿Cómo será que no viene la *amada* princesa? Ahora (Escuchando.) me parece que llega. No; es la señora Yolanda, una de sus damas.

Gert. Buenos días, señora Yolanda. ¿Y nuestra amada señora?

(Todos los pobres la rodean.)

Hilda ¿Está enferma?

Yol. No; no está enferma.

Gert. ¡Gracias á Dios!

Yol. La princesa Isabel se halla ahora en la cámara de la duquesa Sofía, donde está reunida toda la familia. El duque Luis acaba de llegar y éste es el motivo porque ella no puede acudir aquí en este momento, Pero me ha encargado á mí que os diga que no os impacienteis, y que si quereis volver luego, os curará y os atenderá como todos los días.

Hilda ¡Dios la bendiga!

Gert. ¡Ya lo creo que volveremos!

Hilda Dadle entretanto nuestro parabién.

Gert. ¡Y ojalá que pronto la veamos reinar!

Hilda Y que ella y el duque Luis tengan muchos años de vida.

(Se van las pobres por la izquierda.)

ESCENA V

La duquesa SOFÍA, las princesas INÉS é ISABEL y DAMAS, menos GUTA, por el fondo

Sofía (A Isabel.) Ya te habrás podido convencer de lo que le ha parecido á mi hijo el duque, tu extravagante corona de rosas y tu sencillo traje. Al verte, se ha ruborizado, y ni siquiera te ha ofrecido el regalito que tenía por costumbre ofrecerte cuando volvía de un viaje. Y es que ya se va quedando atrás el tiempo de las niñerías.

(Isabel llora.)

Inés No sé por qué te apuras. Ya te lo habíamos anunciado Tus tonterías no podían parar en otra cosa.

Sofía Dentro de una hora tendremos un banquete para celebrar la llegada del duque. Después del desaire que acabas de recibir, no sería extraño que no quisieras presentarte. Yo, por mi parte, ni te lo mando ni te lo prohibo.

Isab. (Sin llorar, con serenidad y dulzura.) Asistiré al banquete, señora.

Inés Quiere defenderse hasta el último momento, pero ya es inútil. Mi señor hermano ha comprendido que eres demasiado simple. (Las damas se ríen.)

Sofía Lo mejor que podías hacer es meterte en un convento. Todo en ti parece más apropósito para el claustro que para el trono. Y si no, la ocurrencia que tuviste el otro día cuando bajamos á Eisenach para asistir á la misa de los caballeros teutónicos. Sabiendo lo que eres, tuve buen cuidado de mandarte poner la corona de oro; lo mismo que Inés. Y en efecto; á poco de entrar, apenas nos habíamos arrodillado, veo que te quitas la corona, la pones sobre el banco y te inclinas hasta besar el suelo, sin más adorno que tu cabellera, dando sin duda no poco que reir á todo el pueblo.

Isab. Amada señora, no lleveis á mal aquella acción mía. (1) Había yo fijado mis ojos en una imagen del Salvador moribundo. En presencia de mi Dios, el misericordiosísimo Jesús, mi Rey, coronado de agudas espinas, ¿no fuera mi corona una irrisión, de la suya?

Sofía Esas son extravagancias, Isabel. Eso de echarse en el suelo es cosa de locas ó monjas viejas. Las señoritas deben guardan una postura decente.

Inés Y no obligar á las demás á imitarlas. Porque mi madre y yo en vista de tu sensibilidad que te hacía derramar tantas lágrimas hasta obligarte á ocultar el rostro con la punta del manto, tuvimos que hacer lo mismo para no escandalizar al público y cubrirnos los ojos con los nuestros. Así es que tiene razón mi madre; tu puesto está en un con-

---

(1) Textual.

vento, ya que no quieras dedicarte á fregar, cosa que te sentaría muy bien.
(Vuelven á reirse las damas.)

Sofía Nosotras volveremos á nuestras habitaciones para arreglar un poco nuestro tocado antes del banquete. Tú puedes ir decidiendo el partido que debes tomar.
(Se van otra vez por el fondo.)

ESCENA VI

ISABEL, sola; después HILDA, GERTRUDIS y POBRES

Isab. ¡Todos se burlan de mí! Y en los salones del castillo, en las fiestas, cuando Luis no está presente, los caballeros se burlan también. El mismo Luis... ¿será cierto lo que me dicen su madre y su hermana? ¿Habrá podido cambiar hasta ese punto? No lo hubiera creído jamás. (Llora.) Tan niña, en país extranjero.. sola... No me quedan más amigos que el buen Gualtero de Varila, á quien mi padre me confió al mandarme aquí, y Guta, mi fiel Guta. (Pausa.) Sí. Mejor será que me envíen otra vez á Hungría, con mi padre. La reina Gertrudis, mi santa madre, ya no vive. Pero yo la recuerdo, y ¡cuánto la voy á echar de menos! A ella... ¡y á mi hermano! Ya siempre le llamaré así... (Vuelve á llorar.) ¿Dónde (Serenándose.) estará Guta, que no la veo hace rato? (Mirando á todos lados, se fija en la puerta de la capilla.) ¡Ah! ¡Allí, allí, sí que tengo un amigo! (Corre á arrodillarse ante la capilla y queda con la cabeza apoyada en la puerta. Empiezan a llegar los pobres. Pausa.)

Hilda Señora, aquí estamos.

Isab. (Levantandose.) ¡Y estos también lo son! ¡Amigos míos!

Gert. Bendita sea.

Hilda Como antes no os hemos visto, estábamos con mucha pena, pensando si estaríais enferma.

Isab. ¿De veras?

Gert. No podeis dudarlo. Ya sabeis que yo espero un vestido.

Hilda Y yo quedo muy aliviada cuando me curais. Así es que os espero como al sol de Dios...

Gert. Y yo os espero lo mismo.

Isab. ¿A mí ó al vestido? (Sonriendo.)

Gert. A vos, á vos; aunque no me diéseis nada.

Hilda Y yo, aunque no fuese más que por veros un instante. ¡Si yo creo que es eso lo que me alivia!

Isab. Pues ea, vamos á ver esa herida. ¡Yolanda! (Llama hacia la primera puerta de la derecha.)

Yol. (Trayendo el agua, y demás objetos que se supone ser necesarios.) ¡Señora!

Isab. (A Hilda.) Siéntate aquí. (La hace sentar y arrodillándose ante ella, la quita el vendaje del pié, y empieza á curarla. A Yolanda.) Mientras yo hago esto, entra tú por el vestido que vamos á dar á Gertrudis. ¿Sabes cuál es?

Yol. Sí, señora. (Vase por la derecha.)

(Pausa, durante la cual Isabel cura la herida de Hilda.)

Isab. (Vuelve á ponerle el vendaje.) ¿Estás ya más á gusto?

Hilda ¡Ya lo creo! Dios os lo pague.

Yol. (Entrando con el vestido en la mano.) ¿Es este?

Isab. (Tomándolo.) Este. (Lo da á Gertrudis.) Aquí tienes. ¿Ves cómo no te engañaba? (Toma de una cesta pan y va repartiendo entre los pobres.)

Pobres Gracias, gracias, señora; Dios os lo pague. (Una la besa la mano, otra el manto. Todas hacen demostraciones de agradecimiento.)

ESCENA VII

La duquesa SOFÍA, INÉS y DAMAS

Sofía Muy bien. ¿Son estos tus preparativos para el banquete?

Isab. (Se queda cortada.) Señora...

Sofía Haces bien en buscar tal compañía. Son los únicos amigos que te quedan.

Isab. ¡Estos... y Aquél! (Mirando al cielo.)

Sofía Pues de estos te puedes ir despidiendo. (Movimiento de sorpresa dolorosa entre los pobres.) En primer lugar, ya has visto que mi hijo está disgustado contigo. Por consiguiente, será bueno que te acostumbres á la idea de ausentarte, sea para volverte á tu país, sea para entrar en un convento. (Murmullos.) En segundo lugar, y mientras tu viaje se verifica, en el tiempo que todavía has de pasar á mi lado, no quiero ¿lo entiendes?, no quiero que estas escenas se repitan.

Inés Es vergonzoso verte servir como una criada á los mismos que deben servirte á ti.

Sofía Déjala, Inés, déjala: es inútil querer enseñarle lo que corresponde á una princesa, Puesto que tu hermano, ya no la quiere. más adelante podrá obrar como le parezca, pero allá en su país. Mientras esté en mí casa, tendrá que hacer lo que yo mande. (Los pobres dan señales de gran sentimiento, y por lo bajo, murmuran entre sí.)

ESCENA VIII

DICHAS y GUTA

Guta (Reparando en Isabel que llora.) ¡Señora mía, alegraos y no lloréis más!

Sofía ¿Eh?

Inés ¿Qué dice?

Sofía (A Guta.) ¿Te atreves?...

Guta Perdón, señora duquesa, si me atreví á contrariaros. (La duquesa, asombrada, no acierta á hablar. Inés participa del mismo asombro.) Perdonadme también si me atrevo á deciros que estais juzgando equivocadamente todas las

cosas que suceden. Os equivocais en suponer que las virtudes de mi señora, la princesa Isabel, puedan hacerla indigna de reinar. Sus virtudes, por el contrario, la enaltecen y la levantan aun más que su nacimiento, más que el enlace que la está preparado. (Las pobres hacen señales afirmativas.)

Sofía En mi vida he visto audacia semejante.

Isab. ¡Calla, Guta; calla por Dios!

Pobres ¡No, no; que hable, que hable!

Inés (A las Pobres.) ¡Callad vosotras! (Todas callan.)

Sofía Sí, sí, que hable; quiero ver hasta dónde llega su atrevimiento.

Guta En segundo lugar, os equivocais también al pensar que vuestro hijo está conforme con vuestro parecer.

Inés ¡Esto es ya demasiado!

Sofía ¿Qué sabes tú cómo piensa mi hijo? (Despreciativa.)

Guta Lo sé, señora, y me atrevo á afirmarlo.

Sofía (Con despecho.) Veamos qué es lo que sabes. Tengo curiosidad por oirte.

Guta Viendo yo á mi querida señora reprendida incesantemente por cosas que no son faltas, sino actos de virtud, que sólo merecen admiración y no reproche, decidí, yo niña como ella, salir á su defensa. He observado mucho en estos días, y de mis observaciones he deducido que estais, lo repito, completamente equivocada. El duque, mi señor, al hallarse de nuevo en presencia de su prometida, después de una ausencia, se ruborizó... De este rubor deducís que se había avergonzado de la sencillez del traje de la princesa.

Sofía No podía menos. Yo estaba avergonzada también.

Guta ¡Pues... (Bajando los ojos y sonriendo.) parece mentira que no hayais comprendido la verdadera causa! Pero, bueno; vamos adelante. Lo que sí era más extraño fué el haber faltado á la costumbre de traerla algún presen-

te cuando regresaba de un viaje. Pero á vos, señora duquesa, os pareció muy natural consecuencia de su decisión de romper el compromiso con la princesa, y así se lo habéis dicho á ella...

Inés Hizo muy bien. Así se irá acostumbrando á la idea.

Guta Procurad, señora, acostumbraros vos misma á mirar en ella la reina de Turingia.

Inés ¡Ja, ja, ja!

Guta Reid si gustais, pero ahora veréis. Como yo no podía ver impasible llorar á mi señora... ¡á ella, que es el paño de lágrimas de todos los afligidos!... fuí en busca del caballero Gualtero de Varila, que tanto la quiere, como que á él se la confió su padre cuando el caballero la trajo aquí... Le encontré paseando en una galería. En dos palabras, le puse al corriente de mi propósito, encargándole hiciese al duque una pregunta. El noble Gualtero, tan decidido como yo á defender á la princesa, partió al instante, y bien pronto volvió con la respuesta. Habíale hallado apoyado en una ventana, contemplando la lejana montaña de Inselberg. «Gual»tero, dijo al Duque: —¿Tendreis la bondad »de contestarme á una pregunta que voy á »dirigiros?—Y el buen Príncipe contestó.— »Habla con toda libertad y te diré cuanto »quieras saber.—Pues bien, repuso Gualte»ro: ¿qué pensais hacer de la joven Isabel »que yo traje á vuestra corte? ¿Tomareisla, »en fin, por esposa, ó tratais de desentende»ros de vuestro compromiso y volverla á su »padre? El Duque entonces se irguió, y ex»tendiendo el brazo hacia Inselberg, le res»pondió:—¿Veis esa montaña que se halla »enfrente de nosotros? Pues bien: si se con»virtiera en oro macizo desde la base hasta »la cumbre y me la regalaran con la condi»ción de dejar á Isabel, y volvérsela á su »padre, nunca consintiera en tal cosa. Digan

»y piensen de ella los demás lo que quieran. »Yo esto te digo á ti; que la amo, y que »en la tierra no amo á ninguna cosa más »que á ella. Quiero ser suyo á toda costa: su »virtud y piedad la hacen á mis ojos más »amable que todas las riquezas del mundo.— »Os suplico me deis permiso, repuso Gual- »tero para repetir esta conversación á la »Princesa.—Puedes hacerlo, y añadir que »nunca daré oídos á ningún consejo contra »ella y contra mi amor, en fe de lo cual le »darás de mi parte *esto*...» (1) (Dando á Isabel un espejito.)

Isab. ¡Oh, qué alegría, Dios mío! (Abriendo el espejo. Infantilmente) ¡Qué precioso! ¡Y tiene doble fondo! (Descubriéndolo.) ¡Ah! Y en él un Crucifijo... (Estrechándolo contra su corazón.) Gracias, Guta. Ya se las daré también á Gualtero, y sobre todo... (Mira otra vez el espejito, besándolo después. A Sofía.) Madre mía, no me guardeis rencor. (Tiende los brazos á la duquesa.) ¿No os parece que Dios lo quiere?

Sofía Sí, sí; parece, parece. Habrá que resignarse. (Se deja abrazar, y corresponde, aunque como á la fuerza, al abrazo de Isabel.)

Isab. (A Inés.) Y tú, ¿no querrás ver en mí una cariñosa hermana?

Inés Si no hay otro remedio... (Se repite el juego.)

Guta Y que será pronto, según lo dijo Gualtero. El joven duque se quiere hacer armar caballero con la mayor brevedad, después de lo cual dará solemnemente á conocer á sus vasallos sus propósitos acerca de Isabel.

Isab. (A Sofía.) Hasta entonces me permitiréis seguir... (Señalando á los Pobres.)

Sofía Habrá que dejarte que hagas lo que quieras.

Isab. (A los Pobres.) Hasta mañana, pues, hermanas mías.

---

(1) Todas las palabras contenidas entre comillas están copiadas literalmente de la obra del conde de Montalembert.

Hilda ¡Que Dios os bendiga!
Gert. Y también al noble duque de Turingia.
Isab. Que Dios le bendiga, sí, y que nos bendiga á todos. Pero la alabanza, amigas mías, para El solo, que es de donde procede todo bien.

FIN

OBRAS QUE FORMAN LA COLECCIÓN

Coriolano (episodio dramático).
Dos reinas (cuadro histórico).
El sueño de Don Ramiro (monólogo).
Thermuthis (pasaje bíblico).
El premio á la caridad (cuento en acción).
Los melocotones (juguete cómico).
Ruth (pasaje bíblico).
En la calle (cuadro de costumbres).
Vivir para hacer bien (comedia).
Noche-Buena (cuadro bíblico).
La juventud de una santa (episodio histórico).
Las amas de casa (juguete cómico).
Al pie del Vesubio (cuadro dramático).

Precio de cada obra: UNA peseta